

Los cronistas provinciales de Guadalajara (1885-1971)

Antonio Herrera Casado

92 Biografías.

93 Ciencia Histórica.

946.19.0 Historia de las Instituciones en Guadalajara.

LOS CRONISTAS PROVINCIALES DE GUADALAJARA (1885-1971)

En la nómina de escritores que de un modo u otro se han dedicado, a lo largo de los siglos, a escribir sobre aspectos diversos de la tierra de Guadalajara, han destacado muy especialmente un grupo que, con el común denominador que les confirió el título de «Cronistas Oficiales de la Provincia de Guadalajara» se dedicaron al estudio de la historia de esta tierra. El cargo de Cronista Provincial había sido creado por la Excm. Diputación de Guadalajara en 1885, con el objeto de que quien tal título ostentara se dedicara al estudio metódico y a la divulgación permanente de los valores históricos, artísticos y culturales de la provincia de Guadalajara.

A continuación reseño, muy brevemente, la vida y obra de los cuatro investigadores que, a lo largo de casi un siglo, ocuparon sucesivamente el cargo, y pusieron desde él una inmensa obra de trabajo y sabiduría a disposición de los futuros estudiosos del tema provincial.

1. JUAN CATALINA GARCIA LOPEZ

Se inicia el cómputo de los Cronistas Provinciales de Guadalajara con don Juan Catalina García López, que nació en 1845, en el pueblecito alcarreño de Salmerón. Hizo sus primeros estudios en el Instituto de Guadalajara, pasando luego a la Universidad de Madrid, donde cursó estudios de Filosofía y Letras, y de Derecho. Trasladado su padre, que era maestro, a Madrid, en 1868, aquí puso su morada en la plaza de la Cebada, junto al antiguo hospital de La Latina.

Desde muy joven comenzó a colaborar en periódicos y revistas. Tales fueron *El Fomento Literario*, fundada por Gonzalo Calvo Asensio, y otras de marcado acento católico como *El pensamiento español*, *La España*, *La Unión* y otras. Fundó, junto con el marqués de Cerralbo, *La Juventud Católica*, en la que dio numerosas conferencias de arte y arqueología.

Su carrera profesional fue rápida y brillante. Dirigió primero un Colegio particular. En 1885 ganó las oposiciones a la cátedra de Arqueología y Ordenación de Museos, de la Escuela de Diplomática. Entró en el cuerpo de Ar-

civeros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y alcanzó finalmente las Catedras de Arqueología y de Numismática en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, cargo que simultaneó hasta su muerte con el de director del Museo Arqueológico Nacional.

Casó en 1871 con doña Juana María de las Mercedes Pérez Menéndez, teniendo de ella dos hijos y una hija. Hombre honrado a carta cabal, sólo se ocupó de cumplir devotamente con su deber, educar rectamente a sus hijos y aumentar diariamente sus conocimientos de historia y arqueología, que llevaron a quitarle, en sus últimos años, casi por completo la vista. Con ese modo de entender la vida no llegó a hacerse rico, pues la honradez y el dinero no han guardado nunca relaciones amistosas. Se compró una casita en Espinosa de Henares, que tuvo que vender al final de su vida. Murió pobre, el 19 de enero de 1911, en Madrid, siendo enterrado en la Sacramental de San Justo.

Aparte de sus quehaceres profesionales, la preocupación por la historia le hizo conseguir otros galardones. Así, en 1870, a los 25 años de edad, fue nombrado académico correspondiente de la de Historia, llegando a tomar posesión de un sillón de numerario en dicha Academia el 27 de mayo de 1894, que fue el más feliz de su vida, según él confesara. Leyó en aquella ocasión su discurso sobre *La Alcarria en los dos primeros siglos de su Reconquista*. En la Academia de la Historia ocupó el puesto de Anticuario, y luego el de Secretario perpetuo, cargo en el que leyó las memorias de varios años. En 1893 se le concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Fue nombrado Cronista Oficial de la Provincia de Guadalajara en 1885. La laboriosidad de don Juan Catalina García le llevó a producir libros e investigaciones en número superlativo. Trabajos de campo, en su faceta arqueológica, y especialmente trabajos bibliográficos y documentales en su investigación de archivos, le llevaron a construir una serie de grandes obras y un inmenso número de aportaciones en forma de artículos, de todo lo cual sería imposible hacer ahora ni siquiera un resumen. Destacaré solamente aquello que hizo posible pasara el sabio García López a los anales de la historiografía hispana, y justificara su cargo de Cronista de Guadalajara.

Destacando como digo sus obras más importantes, podemos reseñar la *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*. La Biblioteca Nacional premió esta obra en 1897 y dos años después se editó. A lo largo de sus 800 páginas discurren multitud de noticias históricas de nuestra tierra, protagonizadas por aquellos nativos de ella que, unos más, otros menos, dejaron algo escrito, ya en manuscrito, ya impreso. Para escribir esta obra magna, el señor Catalina García anduvo durante varios años revisando archivos, quitándole el polvo a los manuscritos de la Biblioteca Nacional, la Academia de la Historia, la Biblioteca de San Isidro y otras venerables instituciones madrileñas en las que se guarda tanto callado decir de nuestro pretérito discurso.

Fruto de tanta rebusca, de tan acendrada familiaridad con los libros viejos, fue otro gran trabajo, no completo totalmente, pero que ha resultado de gran utilidad a los bibliófilos de hoy día. Se trata del Ensayo de una *Tipografía Complutense*, editada en 1889, con unas 700 páginas y en la que nuestro autor daba cuenta ordenada de los libros que, desde principios del siglo XVI, salieron de las imprentas establecidas en Alcalá de Henares.

Por entonces, en 1887, publicó don Juan Catalina el *Fuero de Brihuega*, otorgado por el arzobispo toledano don Rodrigo Ximénez de Rada a la villa alcarreña, en el siglo XII, tomado del de Cuenca. Nuestro autor no solo pu-

blicó el texto de este Fuero, sino que lo comentó, y aun lo precedió de muy interesantes y críticas apuntes históricas acerca de la villa alcarreña. Ya finalizando el siglo, en 1894, don Juan Catalina tomó posesión de su plaza en la Academia de la Historia, leyendo públicamente su trabajo *La Alcarria en los dos primeros siglos de su reconquista*, reuniendo en el mismo, como en apretado esbozo, todo el sabor histórico, etnográfico y artístico que este hombre atesoraba acerca de la tierra que le vio nacer.

También por entonces, en 1897, escribió con la profundidad erudita y científica que le caracterizaba, el *Elogio del padre Sigüenza*, leyendo su trabajo en la Academia de la Historia y publicándolo luego como introducción a la edición de la «Historia de la Orden de San Gerónimo» de dicho autor seguntino.

Otros libros, ya más pequeños, que el autor vio editados, son *El libro de la provincia de Guadalajara*, que pretendía poner al alcance de todas las edades y culturas los conocimientos sobre geografía, historia, economía y arte de este pedazo de España. Gran volumen adquirió su trabajo destinado a la gran Historia de España que se propuso hacer, entre todos sus miembros, la Academia de la Historia. En ella, don Juan Catalina García realizó el trabajo «Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III», que aparecieron publicados, en tres tomos, entre 1892 y 1893.

Su último gran trabajo publicado fueron los *Aumentos a las Relaciones Topográficas de España* que enviaron los pueblos a la administración de Felipe II durante el último cuarto del siglo XVI. Tras de la publicación del texto original, tomado por el autor de lo que se conserva en el monasterio de El Escorial, don Juan Catalina García escribió, con gran amplitud, la evolución histórica de estos pueblos, en su mayor parte de los partidos judiciales de Guadalajara, Pastrana, Brihuega y Sacedón. Tras de su muerte, en 1911, al año siguiente, se publicó como homenaje a su persona el volumen titulado *Vuelos Arqueológicos*, pequeño librito en el que figuran varios trabajos sueltos, algunos referentes a Guadalajara.

Pero la actividad de don Juan Catalina García no paró en estas grandes obras. Multitud de artículos en revistas y periódicos y varias conferencias pronunciadas y luego publicadas forman y completan su bagaje de legado fructífero en nuestros días. Recordaremos algunos trabajos suyos; escribió varios acerca de la Prehistoria; así, por ejemplo, un resumen sobre *La Edad de Piedra*, *El hombre terciario* y otras publicaciones sobre arqueología: *Cerámica egipcia*, *Exploraciones arqueológicas en el cerro del Bu*, *Las ruinas de Numancia*, etcétera.

De otros temas alcarreños, en especial de su Mariología, también se ocupó el señor García López. Así, los trabajos suyos sobre *Rasgo histórico acerca de Nuestra Señora de la Antigua*, de Guadalajara, publicado en 1884, y *El Madroñal de Auñón*, publicado en tres números de la «Revista de Madrid» del año anterior.

Repasó también varios archivos, como los de la catedral de Cuenca, el municipio de Cifuentes, el del monasterio de El Escorial y otros varios, buscando siempre el tema inédito y de trascendencia.

Una de las tareas más importantes que realizó el cronista García López fue la elaboración del Catálogo del Patrimonio Artístico de Guadalajara, que le fue encargado por el Ministerio de Instrucción Pública a comienzos del siglo XX, y que no pudo terminar por haberle sobrevenido la muerte, pero que dejó muy avanzado y hoy se conserva inédito en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

2. ANTONIO PAREJA SERRADA

El segundo en la serie de los Cronistas Provinciales de Guadalajara fue don Antonio Pareja Serrada, alcarreño ilustre por muchos conceptos, pero especialmente por el amor a su tierra, que le llevó a estudiarla con ahinco y a publicar el fruto de muchas de sus investigaciones.

Nació Pareja en la villa de Brihuega, corazón verdeante de la comarca alcarreña, a mediados del siglo XIX. Cursó estudios universitarios en Madrid y en la Corte residió siempre, aunque a su villa natal se acercaba siempre que podía, pasando en ella completos los veranos. Dedicado por una parte a la enseñanza —era profesor de Historia y Sociología en varios centros madrileños—, gran parte de su actividad la rindió en el batallar periodístico, siendo colaborador asiduo de numerosísimos periódicos de la capital, dirigiendo otros, y aun fundando algunos, como *El Briocense*, que aparecía cada quince días en la villa de la Peña Bermeja cuajado de los artículos y apreciaciones de hondo sentido alcarreñista de Antonio Pareja.

En Madrid fue redactor jefe de *El Debate*, en 1880, y anteriormente había pasado, en sus primeros pasos tipográficos, por *Los Sucesos* (1865) y *La Soberanía Nacional* (1867-70). Otros muchos periódicos, desde *El guerrillero agrícola* a *El Boletín de Faros*, vieron cuajada la inquieta pluma de Pareja en temas diversos, amenos, enjundiosos y valientes. Era hombre que andaba siempre con la verdad por delante, y eso le costó no pocos disgustos, que él contabilizaba entre sus triunfos más queridos.

La intensísima labor literaria —en gran parte dedicada a su tierra alcarreña— que había realizado anteriormente hizo que la Diputación Provincial de Guadalajara, a la muerte de don Juan Catalina García, le nombrara, en 1911, cronista provincial, cargo que ejerció hasta su muerte en 1925, y que le animó a dedicarse, ya en esos años últimos de su trabajadora existencia, a investigar y escribir solamente en derredor de su provincia.

No son abundantes su libros en torno a Guadalajara, pero lo que hizo Pareja en su puesto de Cronista supone una aportación muy útil para el progresivo conocimiento de Guadalajara: fueron piedras, materiales, vigas maestras en la construcción de este edificio que aún hoy seguimos levantando y que quisiéramos magno y útil: el conocimiento, aprecio y defensa de nuestra tierra.

En 1911 publicó su librito en octavo *La Razón de un Centenario*, que vino a ser la publicación oficial del 200 aniversario de la memorable batalla de Villaviciosa, en la que el Borbón Felipe V asentó su trono frente a las aspiraciones del archiduque Carlos. Es libro en el que se describe el origen y desarrollo de la batalla, y se completa con dos discursos, fotografías de medallas, monumentos y documentos de las efemérides.

En seguida inició don Antonio su proyecto ilusionado: la realización de una amplia Guía de la Provincia, con descripción detallada de todos y cada uno de sus pueblos. La empresa, costosa, la emprendió la Diputación editando un libro por cada partido judicial. Así, en 1915 apareció el primer volumen, *Guadalajara y su partido*, escueto pero enjundioso, en el que se exponía la historia y el arte de la ciudad, con sabrosísimas notas de la actualidad de aquellos días. En 1916 aparecía el segundo libro de esta serie, *Brihuega y su partido*, mucho más voluminoso y trabajado, quizá por ser la tierra natal y queridísima del autor.

Inexplicablemente cortada esta serie de monografías que prometía un fruto copioso, Pareja puso su atención en otro tema no menos interesante, ten-

dente a promover el conocimiento histórico de Guadalajara, y ello fue la recopilación de documentos dispersos en archivos o publicaciones, relativos a temas capitales del devenir arriacense. Surgió así el tomo primero de la *Diplomática Arriacense* que, a pesar de su título, lleva documentos no solamente de la ciudad de Guadalajara, sino de toda la provincia, muy especialmente de Sigüenza y Molina. Aunque la obra no permitía conducir un hilo homogéneo investigativo, llevaba la intención de acopiar materiales para allanar la tarea a futuros investigadores. En ese primer tomo puso Pareja los documentos provinciales fechados en los siglos XI y XII. En seguida reunió documentación de posteriores centurias, y se dispuso a publicar el segundo tomo de su *Diplomática*, que hubiera salido con la fecha de 1925 en su portada, de no haber muerto el autor en ese año, cuando se encontraba ya corrigiendo las pruebas de ese libro, que quedó inédito.

3. MANUEL SERRANO SANZ

El tercero de los Cronistas Provinciales de Guadalajara fue don Manuel Serrano Sanz, a quien en su tiempo llamaron el «Menéndez Pelayo pequeño», pues, aun con ser más joven que el sabio santanderino, era, como él, una máquina de leer libros, un incansable pensadora e investigador, un escritor muy fructífero. La vida de don Manuel es de un sencillez pasmosa; su biografía contiene muy pocas fechas más aparte de las de su nacimiento y muerte. Como todos los hombres sabios y trabajadores, no tuvo tiempo de protagonizar escándalos ni de cosechar distinciones: su obra escrita es, sin embargo, tan inmensa, que necesitaría un libro aparte para ser enunciada y brevemente comentada.

Alcarreño de pura cepa, nació el 1 de junio de 1866 en Ruguilla, cerca de Cifuentes, en el seno de una familia de terratenientes acaudalados y cultos. Cursó sus estudios en el seminario de Sigüenza y en el colegio de los Escolapios de Molina de Aragón. Trasladado luego a Madrid, hizo el doctorado en Derecho, iniciando posteriormente los cursos de Filosofía y Letras, que luego acabó también, con el doctorado. En 1888, a los veintidós años de edad, preparó y sacó con gran éxito las oposiciones al cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios-Arqueólogos. Tras ella, fue destinado a la Biblioteca Nacional a su sección de Manuscritos, donde realizó una encomiable tarea de ordenación y donde pasó las horas más felices y fructíferas de su vida investigando.

En 1905 preparó también, y ganó con facilidad, las oposiciones a cátedra, siendo destinado a Zaragoza, a ocupar el estrado de Historia Antigua y Media, en la Facultad de Filosofía y Letras. En la capital aragonesa fue muy bien recibido, y queridísimo de todos mientras allí vivió. Admirado de alumnos y reconocido por la ciudad, Serrano, sin embargo, aprovechaba vacaciones o paréntesis de cualquier tipo para viajar a Madrid e investigar en su principal acopio de datos. El, sin embargo, siguió escribiendo decenas de artículos y de libros, destacando ya como uno de los puntales de la investigación americanista.

En 1911 fue nombrado académico correspondiente de las de Historia y de la Lengua. Y en 1931 recibió el preciado galardón de ser elegido académico numerario de la Real de Historia, aunque no llegó a disfrutar el día de su toma de posesión, pues murió cuando estaba preparando su discurso de ingreso en la Academia.

Pasaba los veranos en Sigüenza, donde tenía una casa en el barrio barroco

de San Roque, y allí compartía las jornadas vespertinas en la Alameda con buenos amigos seguntinos y alcarreños, pues era queridísimo de todos, por su afabilidad y grata conversación. En 1929 alcanzó la jubilación, regresando entonces a Madrid, donde pronto murió, el 6 de noviembre de 1932, cuando apenas sin descanso seguía investigando en temas de historia americana. Una larga serie de homenajes póstumos le fueron tributados, como siempre suele suceder, tras su muerte.

Encarecer la sabiduría de Serrano Sanz no resulta difícil, pues su obra gigantesca habla por sí sola. Como inicial detalle, baste consignar que dominaba cinco idiomas vivos y otros tantos muertos, entre ellos el árabe antiguo y el sanscrito. A la historia ha pasado como el gran iniciador de los estudios americanistas, pues tocó en profundidad todos los temas relacionados con la América hispana, dejando cientos de artículos de investigaciones monográficas, sacadas de las bases de documentación inédita y de primera mano, y poniendo luego sus vastos conocimientos en gruesos volúmenes definitivos, de los que bastará aquí recordar sus *Relaciones históricas y geográficas de América Central*, los *Historiadores de Indias*, el *Compendio de Historia de América*, los *Orígenes de la dominación española en América*, etcétera. En los últimos años de su vida, eran legión los investigadores, profesores y políticos iberoamericanos que, al acudir a Madrid, no dejaban de visitar a don Manuel Serrano, a quien se tenía al otro lado del Atlántico como el más sabio de los americanistas.

Su nombramiento como cronista provincial, realizado por la Excma. Diputación de Guadalajara, data de 1926. Aunque fue minoría lo dedicado a su provincia natal, en el conjunto de su obra, aun dejó escritos estimables trabajos de investigación sobre algunos personajes alcarreños que tuvieron algo que ver con la dominación hispana en América. Recordamos así la *Vida y escritos de fray Diego de Landa*, *Pedro Ruiz de Alcaraz, iluminado alcarreño del siglo XVI*, *Don Diego Ladrón de Guevara, obispo de Panamá y Quito y virrey del Perú*, y aun su muy interesante y documentado estudio sobre *Los orígenes de la capilla de Santa Catalina en la catedral de Sigüenza y la estatua sepulcral de don Martín Vázquez de Arce*.

4. FRANCISCO LAYNA SERRANO

El último de la serie que hoy contemplamos de los Cronistas Provinciales de Guadalajara es don Francisco Layna Serrano, al que alguno de ustedes probablemente conociera y sabría de su laboriosidad ingente y su hombría de bien.

Recordaremos en brevedad su vida y su obra, haciendo un esfuerzo por resumir lo que, por admiración y justicia, debiera ocuparnos largo trecho. Nació don Francisco en el pueblecito de Luzón, corazón de la Celtiberia, un 27 de junio de 1893. Allí y en Ruguilla pasó sus primeros años, estudiando luego bachillerato en el instituto de Guadalajara y pasando a la Universidad madrileña a cursar la licenciatura de Medicina, especializándose después, junto a los maestros del instituto Rubio y Gali, en Otorrinolaringología. Fue médico del Hospital del Niño Jesús, viajó por Europa e investigó sobre el tema de la «reflexoterapia endonasal», muy de moda en los años 30, sobre la que llegó a publicar un libro que incluso fue traducido al inglés. Además del ejercicio público y privado de su profesión, siempre acompañado de un éxito que le prestigió notablemente, fue fundador en 1922 de la Asociación Medico-Quirúrgi-

ca de Correos y Telégrafos por cuyo motivo le fue concedida años después la gran Cruz de Beneficencia de primera clase.

Si su biografía profesional podría acabar con las líneas dedicadas a su actividad médica, la tarea que como investigador de la historia y el arte de Guadalajara, a la par que luchador y defensor de las esencias provinciales y de la cultura de Guadalajara, sería prolija de reseñar en pormenor. Cuando contaba cuarenta años inició Layna sus estudios e investigaciones en torno a Guadalajara. Lo hizo llevado de la irritación noble que le produjo ver cómo un multimillonario norteamericano cargaba con un monasterio cisterciense de Guadalajara, entero, y se lo llevaba a su finca californiana. Se trataba de Ovila. Layna investigó, protestó y así surgió su pasión de por vida.

La Diputación Provincial le nombraba en 1934 Cronista Provincial y a partir de ese momento se volcaría en cuerpo y alma a estudiar, a publicar, a dar conferencias, a escribir artículos y a defender a capa y espada el patrimonio histórico-artístico y cultural de la tierra alcarreña. Entre sus muchos títulos y distinciones, cabe reseñar que tuvo también el cargo de Cronista de la Ciudad de Guadalajara, fue presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, fue académico correspondiente de la de Historia y de Bellas Artes de San Fernando, así como de la Hispanic Society of America, habiendo recibido el Premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua y recibiendo la Medalla de Oro de la Provincia de Guadalajara tras su muerte, acaecida en 1971.

Hablar de la obra, referida a Guadalajara y su provincia, del cronista Layna Serrano nos llevaría largo rato del que no disponemos. Baste ahora centrar su labor en los apartados fundamentales en que discurrió.

En los temas de Historia fue donde Layna se distinguió principalmente. En 1932 publicó su primera obra, *El monasterio de Ovila*, a raíz de la excomunión referida del cenobio alcarreño. Al año siguiente apareció la primera edición de *Castillos de Guadalajara*, obra en la que volcó Layna su ya inmenso caudal de conocimientos históricos, describiendo, tras haberlos visitado y estudiado sobre el terreno, las viejas fortalezas alcarreñas y molinesas. Este libro alcanzó en poco tiempo tres ediciones, agotadas en seguida.

De una conferencia suya titulada *El cardenal Mendoza como político y consejero de los Reyes Católicos* apareció en 1935 un folleto interesante, dando a la imprenta, por fin, en 1942, su grande y definitiva obra: la *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI* en cuatro gruesos tomos. En esa obra desborda el conocimiento que Layna alcanzó sobre la familia procer que dio vida durante varios siglos a Guadalajara. Llegó a conocerla, como dijo alguien, como si de su propia familia se tratara.

En 1945, y como fruto de sus investigaciones en el Archivo Histórico Nacional, dio a luz su obra *Los conventos antiguos de Guadalajara*, con documentación prolija. Y en ese mismo año, la *Historia de la villa de Atienza*, en un volumen de más de 600 páginas, donde plasmó la historia de Castilla, de la reconquista, del territorio serrano y alcarreño y, por supuesto, de Atienza, describiendo además su arte y sus costumbres. Todavía en este ámbito de la historia, Layna trabajó duro en el archivo municipal y en el parroquial de Cifuentes, saliendo tras largas horas de dedicación una magnífica *Historia de la villa de Cifuentes* en 1955.

También en los temas de arte destacó Layna por la abundancia de asuntos tratados, y el descubrimiento de documentos, de artistas y noticias de gran interés. Además de lo ya mencionado sobre Ovila y los castillos, en 1935 apareció su obra *La Arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*, fruto

de viajes y anotaciones in situ. En 1948 apareció, en colaboración con el fotógrafo Tomás Camarillo, el libro de *La provincia de Guadalajara* con infinidad de reproducciones fotográficas, y en las que el cronista aportó el texto.

En revistas especializadas como «Arte español» y «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones» publicó Layna lo más útil de su aportación en historia del arte. Solamente cabe aquí recordar algunos de los temas de mayor interés: la iglesia de Santa Clara, en Guadalajara; el palacio del Infantado; la parroquia del Salvador, en Cifuentes; la capilla del Cristo, de Atienza; la iglesia parroquial de Alcocer; los retablos de la parroquia de Mondéjar; las tablas de San Ginés, en Guadalajara; la cruz parroquial de La Puerta; la parroquia de Alustante; el sepulcro de Jirueque y decenas de temas más que permiten considerar su aportación de fundamental.

Aunque en temas de costumbrismo no se entretuvo especialmente, son de gran valor los estudios de Layna sobre *La Caballada de Atienza* y las tradiciones en torno al Mambrú de Arbeteta y La Giralda de Escamilla. Por último, dedico el cronista parte de sus conocimientos en realizar algunas breves guías turísticas de la provincia y de sus poblaciones más interesantes. Todo ello sin contar lo que sobre Medicina o, también sobre temas históricos y artísticos, dedicó a otras provincias españolas, en especial a Logroño y Ciudad Real, sobre las que reunió gran cantidad de datos en torno a sus castillos y fortalezas.

Esta obra ingente proclamó a Francisco Layna Serrano como un auténtico historiador y un conocedor total de la tierra alcarreña. En definitiva, como un cronista provincial, el más prolífico de la serie, que elevó a límites de auténtico prestigio la institución que encarnaba. Su recuerdo sigue y seguirá siempre vivo —en su obra buscada continuamente— entre las gentes de Guadalajara y de España toda.